

Donde viven los duendes

por Isabel Sarri*

Herederos de los espíritus de la mitología clásica, los duendes, gnomos o elfos, como quiera llamárseles, fueron personajes muy usuales en los cuentos y leyendas tradicionales europeos, que los situaban en bosques y cuevas, pero también en parajes lejanos y desconocidos, y les atribuían características y poderes muy distintos, según los países. Más tarde, hacia el siglo XIII,

gracias al trabajo de recopilación de los folcloristas, los duendes entraron en la literatura, y se convirtieron en personajes de ficción con entidad propia. Desde entonces, y hasta nuestros días, estos espíritus de la naturaleza han protagonizado miles de historias, la mayoría dirigidas a un público infantil y juvenil, aunque no exclusivamente. De ello, trata el siguiente artículo.



Bajo el epígrafe «Cuentos de Hadas» no sólo encontramos a las hadas, sino también a los duendes o elfos. Por ello, ignoramos en qué época fueron concebidos los cuentos de duendes. Su origen se pierde en la oscuridad que rodea todo su misterioso mundo. Transmitidos por tradición oral, los cuentos de hadas y duendes son tan antiguos como la tierra misma. Sin embargo, se ha de tener en cuenta que estos cuentos nunca han sido literatura para niños exclusivamente. Eran narrados por adultos para un público diverso, y con el tiempo fueron adaptándolos para el público infantil.

Un duende es, según las tradiciones más antiguas, un espíritu de la naturaleza, adimensional y atemporal, que pertenece al mundo etérico y astral, y que frecuenta y comparte los mismos lugares que los humanos. Algunos viven en comunidades y otros prefieren hacerlo en solitario. Cuando el hombre empezó a estropear los bosques, perdieron la confianza en el ser humano y crearon sus colonias bajo tierra, en las raíces o en el interior de los troncos de los árboles.

Sin embargo, existe otra concepción de los duendes, proveniente del folclore inglés, que nos los presenta como los espíritus de las almas de los difuntos y, se les conoce como *fuegos fatuos* (*Will O'The Wisp*, en inglés; o *focs follets*, en catalán). El folclorista asturiano Constantino Cabal nos habla de ellos en los siguientes términos:

«Y los duendes eran muertos. Consta, porque son muertos todavía en numerosos lugares y así, en los pueblos del Norte, los juzgan almas en pena, porque vivieron sin rienda en este mundo, y están ahora condenados a peregrinar por él (...).

Y el fuego, en Roma, era el lar, y se le confundía con los manes. En el lenguaje ordinario, se decía indistintamente hogar, fuego o lar doméstico...

Y se le honraba en la casa, porque el fuego en la casa se encendía, y porque aún en la Roma original se enterraba a los muertos en las casas. Los muertos en la casa eran los lares, es decir, eran los manes que asistían a la familia hechos lumbre del fogón (...).

El duende, pequeñito como el fuego, con traje rojo, como él, con gorro colorado, como él... ¡el duende, que se apacigua cuando le ofrecen habas o le dan mijo y maíz, porque estos granos se ofrendaban a los manes en los comienzos de la humanidad...!» (*Folclore y costumbres de España*, tomo I, Mitología Ibérica, Barcelona: Alberto Martí, 1931).

Seres elementales de la naturaleza

Un estudio completo de los duendes debería abarcar filosofía, música, poesía, teología, alquimia, magia, colores, artes plásticas, arquitectura, antropología, tradiciones, folclore, supersticiones, leyendas, psicoanálisis..., lo cual es inabarcable en estas escue-

tas páginas; por lo que trataremos de dar una rápida ojeada a la panorámica general de lo que ha sido el duende y el significado del duende en la literatura.

Las leyendas y cuentos tradicionales se sitúan en bosques y cuevas, pero también en parajes lejanos y desconocidos. El Norte de Europa, con frondosos bosques y su clima frío cubierto de nieblas, es propio para ello. Lo oculto y desconocido de la naturaleza —sobre todo la naturaleza no controlada— despierta intuiciones fantásticas detrás de las formas irreconocibles o extrañas. Campesinos, herbolarios y leñadores descubren en los bosques solitarios espíritus ocultos de hadas, elfos, gnomos, ninfas, duendes, herederos de los espíritus de la mitología clásica.



YVONNE GILBERT, HADAS, DUENDES Y OTRAS CRIATURAS SOBRENATURALES, PALMA DE MALLORCA: J.J. DE OLAÑETA, 1988.

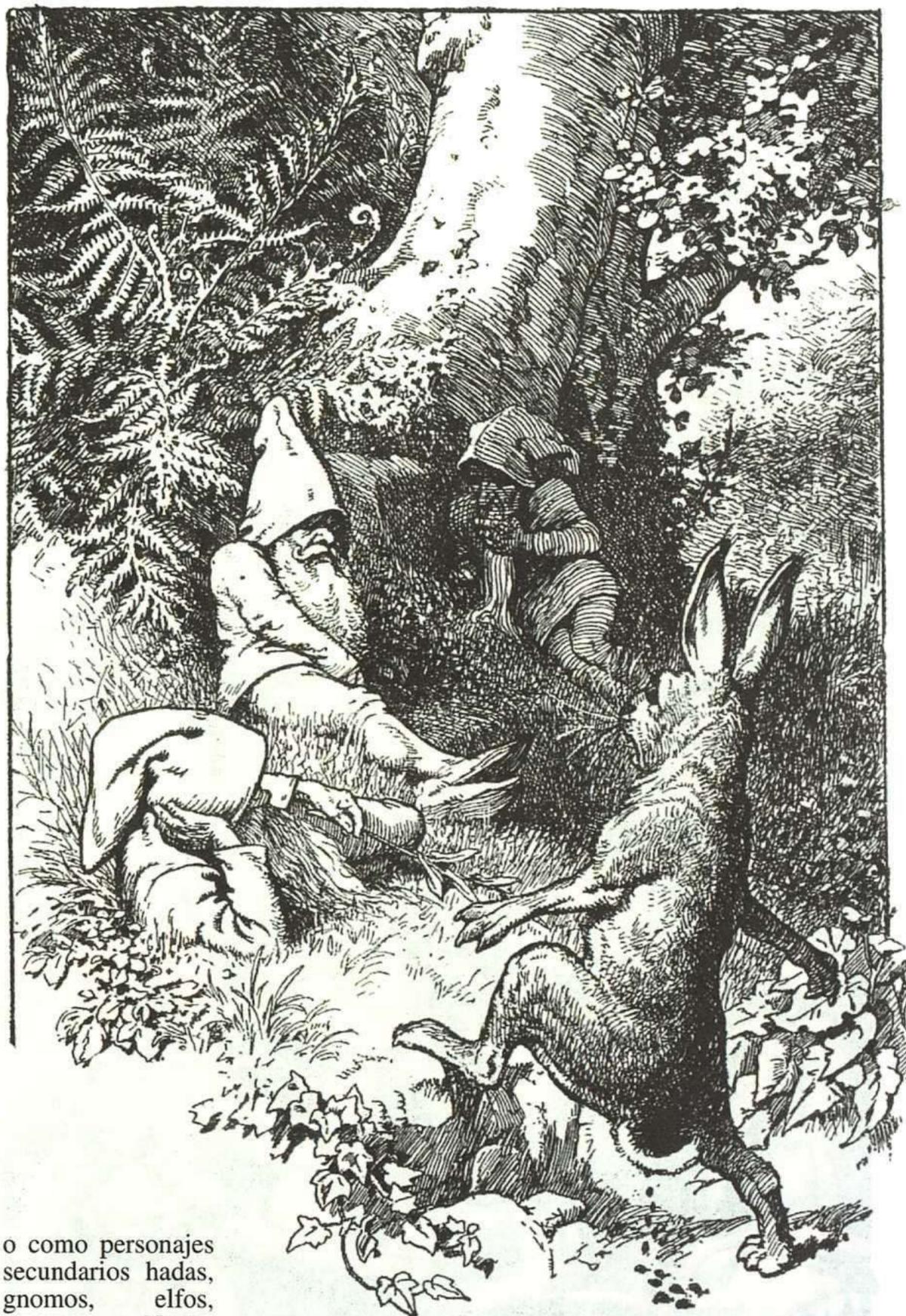
Gervasio de Tilbury, cronista medieval, escribió en 1211 su gran obra *Otia Imperialia*, en la que nos habla de los *portunes*, que son las primeras referencias sobre elfos que encontramos. Los portunes son pequeños gnomos agrícolas ingleses, cuya presencia atraía la buena suerte; tenían caritas arrugadas y vestían con colores vivos. En el mismo siglo XIII, Geoffrey de Monmouth, erudito autor, recopiló la mitología y folclore de Gales y Bretaña, incorporándolos así a la literatura francesa y inglesa.

Así como en Gran Bretaña y en los países germánicos los folcloristas se han preocupado de crear un programa de investigación y recolección de todo el tipo de espíritus elementales de la naturaleza que existen dentro de sus tradiciones, clasificándolos como duendes, elfos, gnomos, y un gran número de nombres concretos para cada especie, en España parece ser que nos conformamos con los términos *duende* y *enanito*. La Iglesia siempre ha desaprobado y ha considerado falsas tales creencias, lo cual ha reprimido las posibles investigaciones de los folcloristas. Sólo a través de las antiguas leyendas populares conocemos que en los prados de Asturias habitan los trasgos, busgosus, sumicius, transtoldillos, y que por su cielo revolotean los duendes del viento: ventolines, nuberus, pedretes; que en Cantabria, los trentis y tentirrujos pueden contarnos las propiedades de las plantas curativas de sus bosques, o bien que las cabecitas de los hombrecillos de musgo van adornadas con hojas de helecho.

En el País Vasco, divirtiéndose con sus travesuras, encontramos a los mamur y prakagorri. Nombres que se pierden en el pasado, y que el niño de hoy ya no conoce. Por eso nos gustan tanto esas traducciones que nos llegan —sean cuentos, leyendas o fábulas— y que reflejan las creencias populares de determinados momentos y situaciones de un pueblo.

Narraciones maravillosas

En estos relatos que iremos citando, quedan plasmados como protagonistas



APPELES MESTRES, LILIANA, SABADELL, AUSA, 1989.

o como personajes secundarios hadas, gnomos, elfos, enanos, etc. Narraciones que, gracias al cuentista oral, no se han perdido y se han recogido en libros y publicaciones a lo largo de la historia de la literatura, a pesar de toda clase de infortunios y deformaciones. Así, cabe mencionar la gran polémica creada en el siglo XVIII por Fray Benito Feijoo

(Orense, 1676-Oviedo 1764), escritor racionalista ante todo, con un trabajo crítico contra la superstición. En su artículo «Duendes y Espíritus familiares», Feijoo hablaba de las teorías que el padre Fuente la Peña había expuesto en su libro *El Ente dilucidado*, aca-

bando su ensayo de la siguiente manera:

«Puesto y aprobado que los duendes ni son ángeles buenos ni demonios ni almas separadas, infiere el citado autor que son cierta especie de animales aéreos, engendrados por putrefacción del aire y vapores corrompidos.

(...) Por mil capítulos visibles son repugnantes la producción y conservación de estos animales invisibles; por otra parte, las acciones que frecuente-

mente se refieren a los duendes, o son propias de espíritus inteligentes, o por lo menos de animales racionales (...).

(...) Ellos hablan, ríen, conversan, disputan. Así nos lo dicen los que hablan de duendes; con que, o hemos de creer que no son tales duendes, y que es ficción cuanto nos dicen de ellos, o que si los hay, son verdaderos espíritus. Realmente es así, que puesta la conclusión negativa de que los duendes sean espíritus angélicos o humanos, el consiguiente que más natural e

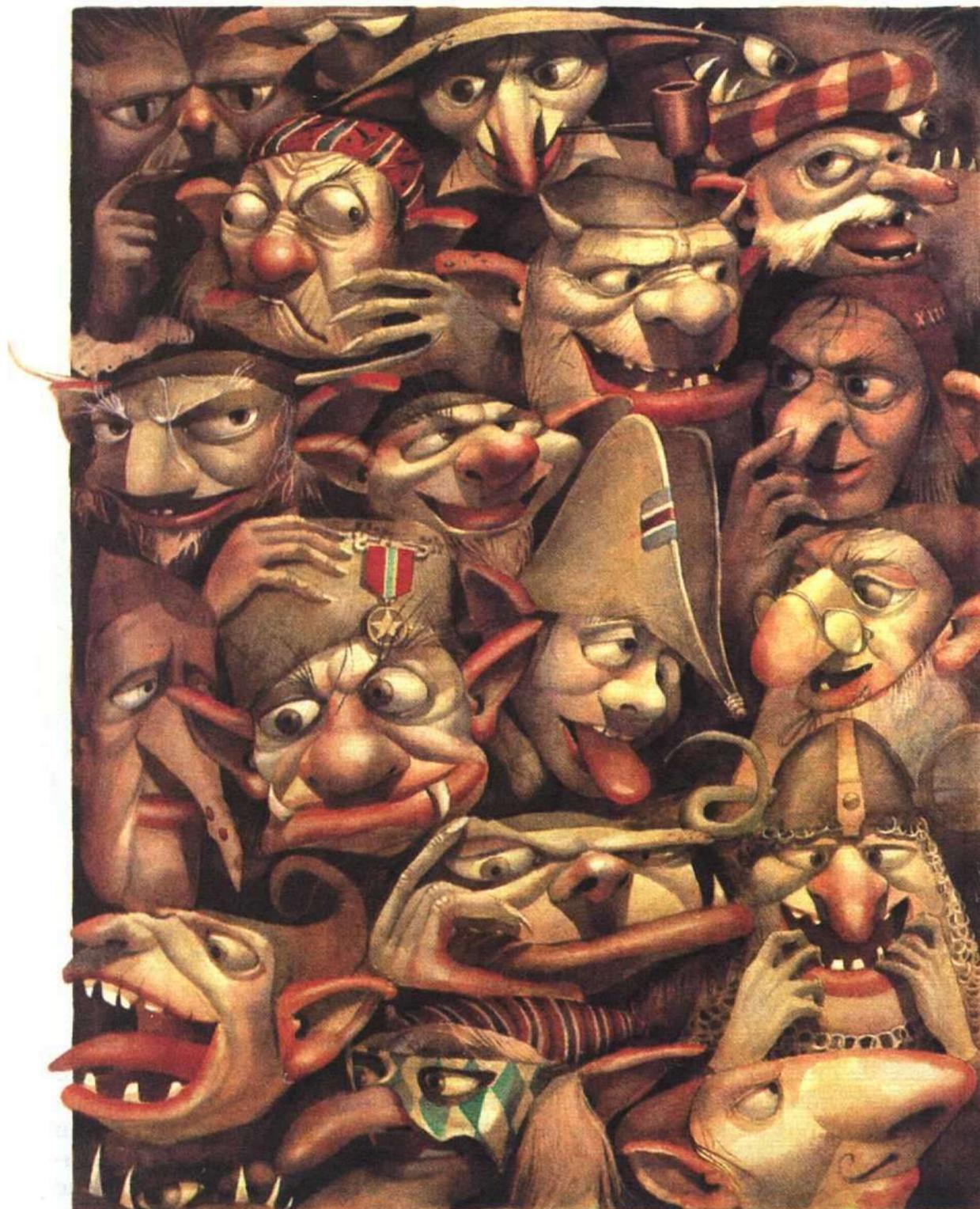
inmediatamente puede inferirse es, que no hay duendes. A la carencia de duendes no puede oponerse repugnancia alguna, ni física ni moral. A la existencia de aquellos animales aéreos, concretada a la circunstancia de acciones que se refieren de los duendes, se oponen mil repugnancias físicas.

El argumento pues es fuertísimo, formado de ésta: los duendes, ni son ángeles, ni almas separadas, ni animales aéreos; no resta otra cosa que puedan ser. Luego no hay duendes. La mayor se prueba eficazísimamente con los argumentos que respectivamente excluyen cada uno de aquellos extremos; la mayor es clara, y la consecuencia se infiere.»

Mucho se ha escrito contra las narraciones maravillosas, olvidándose que lo maravilloso brota en forma de texto y que, sutilmente, poetiza con su magia la textura del relato en su conjunto. Historias que estuvieron tan de moda en el siglo XVII y que, a pesar de todas las malas críticas literarias y de que filósofos y pensadores consideraban que el niño merecía una literatura especial, con finalidad didáctica, seguían estándolo en el siglo XVIII.

Malon de Chaide censuraba las novelas pastoriles y los libros de caballerías,¹ de manera tan dura como madame De Genlis hizo a lo largo de toda su obra. Gnomos, elfos, driadas, sílfides, ondinas, hadas benéficas o maléficas, hechizos, conjuros y poderosos brebajes de brujas fueron excluidos del mundo de las luces en que va a vivir el niño. Sin embargo en el siglo XIX volverían a pertenecer al pueblo todos los diminutos espíritus del bosque y toda la *féerie* con sus encantamientos. Del fondo de los lagos surgirían las ninfas con sus graciosos cabellos ondulados por peines de marfil; de las corrientes de los grandes ríos, las ondinas encantadoras, con sus preciosas voces; y de las florestas y frondosos bosques, los graciosos elfos, laboriosos gnomos, ogros y gigantes tenebrosos, ya que filósofos y pensadores consideraban que el niño merecía una literatura especial con finalidad didáctica.

Gracias a los vendedores ambulantes y buhoneros que vendían cuentos



RICARDO SÁNCHEZ, DUENDES, MADRID: EDAF, 1994.



y leyendas de la Edad Media, como el Eulenspiegel y la bella Melusina, poniendo, como el sustanciero, un poco de sabor para aquellas pobres gentes, otros autores, como por aquel entonces el joven Goethe, podían divertirse. Pero, mientras en el resto de Europa se escribe durante los siglos XVI y XVII de manera pedagógica en el ámbito infantil, en Francia, en el mismo siglo XVII, Charles Perrault (1628-1703), publica sus *Contes de fées o Histoires ou contes du temps passé avec des moralités*.² En esta obra se recogen, entre otras, la tradición de leyendas célticas, ricas en ritos y contactos con los espíritus elementales.

Aunque el lector infantil arrebatara para siempre los cuentos de Perrault del dominio de los mayores, en un principio este autor escribió para el público del Rey Sol, damas y caballeros, ya que la corte de Luis XV todavía estaba muy influenciada por los

mágicos libros de caballerías y países imaginarios, que hacían sentir y seguir en auge todo lo *féerique*.

La más original seguidora de Perrault fue Madame d'Aulnoy (1650-1705), que colaboró en la colección titulada *El Gabinete de las Hadas*, donde, por ejemplo, podemos leer *El Enano Amarillo*, en el cual reina una fantasía exquisita. Escrito en 1698 y, en la actualidad, publicado en *El cuarto de las hadas* (Siruela, 1992), nos narra la historia de un enano cruel, que vivía en un naranjo, y que ocasionó desgracias e infortunios a una princesa tan extremadamente bella como vanidosa. No es un cuento para los niños más pequeños, debido a la carga de emociones agresivas y violentas tan típicas en esa época pero, de todas formas, no resulta difícil adaptarlo a la hora de contarlo al público infantil.



BRIAN FROUD Y ALAN LEE, HADAS, MADRID: MONTENA, 1983.

Hadas, elfos y gnomos

Por otro lado, resulta necesario considerar, debido a su cualitativa abundancia, las producciones extranjeras de la literatura infantil del siglo XVII. Llegaron muchísimas traducciones de textos que hablaban de espí-



CHARLES GREEN, CUENTOS DE HADAS VICTORIANOS. MADRID: SIRUELA, 1993.

ritus del bosque o del hogar, aunque la mayoría se perdieron y tan sólo sobrevivieron deformándose oralmente. De ahí la gran confusión entre hadas y duendes. Pero repasados en el original algunos de estos relatos, vamos a hacer una pequeña y breve clasificación esclarecedora.

En las historias de antaño existían, básicamente, tres grandes grupos de seres: las hadas, que son aquellas que en los cuentos y leyendas nos vienen reflejadas como hadas madrinas, con sus varitas mágicas de enormes poderes, o bien las hadas como espíritus primarios de la naturaleza, es decir, como dríades, ninfas, damas de agua, etcétera; luego están los elfos, llegados de literaturas anglosajona y germánica, que son niños-hada, o sea, gente menuda del bosque favorecidos por alas que les permiten jugar y esconderse entre las flores; y, por último, tenemos a los duendes, gnomos, enanitos..., espíritus del bosque y de la tierra que, al llegar a tener relación con el hombre, se convirtieron en espíritus del hogar o bien en duendes domésticos.

Sobre el tema, el reverendo Robert Kirk (1644-1692), un eclesiástico escocés, concretamente de Aberboyle, escribió a finales del siglo XVII un tra-

tado titulado *The Secret Commonwealth of Elves, Fauns and Fairies* (*La comunidad secreta de elfos, faunos y hadas*, Siruela, 1994), que fue llevado a la imprenta, en 1815, por sir Walter Scott. Del reverendo Kirk se comenta que lo hicieron cautivo las hadas por haber revelado sus secretos.

En el siglo XIX, también se traduce al español un libro que maravilló tanto a niños como adultos, el *Gulliver*, de J. Swift (1667-1745). Cuando Jonathan Swift escribió *Los viajes de Gulliver*, los físicos pensaron que el autor había creado un mundo de fantasía, disminuyendo o aumentando una escala de medidas de manera perfecta. Describió cómo el capitán Lemuel Gulliver, en sus viajes por regiones inexploradas del océano Pacífico, llegó a un país llamado Lilibut, cuyos habitantes son criaturas humanas de una estatura que no llegaba a 6 pulgadas (15 cm).

En Alemania, los hermanos Grimm, como resultado de su búsqueda incansable por pueblos y montañas, no sin

dificultades, publican en 1812 una colección de cuentos para niños, de origen popular. Cuentos que llegan a España, se traducen y van apareciendo de forma anónima en los periódicos infantiles.

Estos autores utilizaban un estilo muy descriptivo en aquellos cuentos, preciosos y temibles a la vez, que nos mostraban a brujas que comían niños, ogros que andaban por los bosques solitarios, y duendes que ayudaban a niñas obedientes para convertirse en princesas; en escenarios cargados por el magnetismo mágico que contagian las hadas. A los niños, estos relatos les provocan un sentimiento mezcla de miedo y curiosidad, en definitiva, un placer singular.

Los hermanos Grimm escribieron unos 200 *Märchen*,³ los cuales asociamos enseguida con los *Cuentos Infantiles y del hogar*. Quizá la vida de Jacob y Wilhelm nos sabe también a fantasía, y nos imaginamos cómo debían recorrer la Alemania de principios del siglo XIX, entregados apasio-



APELES MESTRES, LILIANA, SABADELL: AUSA, 1989.



C. MARY BARKER, FLOWER FAIRIES OF THE SUMMER, LONDRES: PENGUIN, 1990.

nadamente a la tarea de recoger leyendas y viejos relatos rurales y, cuando la luna se cubría presumida con su capa negra de estrellas, ellos a la luz de la vela, los transcribirían en hojas amarillentas anudadas con una cinta de cuero. Pero, en realidad, no fue así. Su interés por el folclore, junto a sus ideas políticas, les costaron muchos sacrificios y quebraderos de cabeza. Los cuentos de Grimm son un canto al mito y a la religión, expresan la esencia del pueblo germánico y su sincronía original con la naturaleza.

La tradición alemana está ricamente poblada por estos pequeños seres, como nos lo demuestran muchas de sus leyendas. Cada pueblo tiene sus *Zwerge* o *Heinzelmännchen*. Los enanos de *Schalksberg* y del *Wohdenberg* son un buen ejemplo:

«En aquel tiempo no vivía allí ningún ser humano, lo cual era muy del agrado de los hombrecillos, pues podían ir y venir sin ser estorbados y andar por encima o por debajo la tierra como les viniera en gana. Los gnomos se daban muy buena vida; hacían todos los días domingo, y en medio de la semana, un día de fiesta. Comían, jugaban y bailaban. Sin embargo, de vez en cuando forjaban, y aún hoy en día se encuentran a menudo por allí esco-

rias y restos de carbón que empleaban en su trabajo» (*Antología de leyendas universales*, Distribuidora A.L. Mateos, 1991).

Esta leyenda es una de las típicas narraciones germánicas donde se nos cuenta el trato entre gnomos y humanos y como, a la larga, les es imposible a ambos mantener una relación amistosa. Por ello, los relatos hablan de que los gnomos abandonaron las tierras donde se instalaron los hombres.

Autores con duende

La literatura de seres definidos como fantásticos toma sus temas de las costumbres populares, pero la diversidad de los orígenes del duende dentro de la literatura nos provoca, asimismo, imágenes diferentes de este pequeño ser. Por eso, tanto encontramos duendes benévolos y protectores, como duendes posesivos y maléficos. De esta manera nos enfrentamos a un gran vacío en la historia literaria de duendes, gnomos, elfos y enanos, debido a que, como hemos comentado antes, la Inquisición y el cristianismo influyen en la represión y censura del género fantástico, tan escaso en la literatura española posterior al siglo XVII, convirtiendo a los espíritus elementales de la naturaleza en demonios, y acabando, casi, con todos los mitos, cuentos y leyendas. Las hadas y duendes se convirtieron en un importante tema lite-

rario, como lo demuestran los cuentos de Grimm, Andersen, Lewis Carroll y William Blake. Incluso el alquimista Paracelso realizó un importante estudio sobre los seres elementales.

En Dinamarca nace, el 2 de abril de 1805, Hans Christian Andersen, autor que posee una pluma encantada, y con ella no sólo hace hablar a las flores, sino que ilumina con sus trazos los rostros de los niños del mundo entero. Andersen se convierte en palabra mágica. Los primeros cuentos que el autor publicó eran antiguos relatos escuchados en su niñez. Luego escribió otros surgidos de sus propias fantasías. En total, 156 cuentos hasta 1872.

Sus historias de hadas para niños las concibió pensando en los adultos y las escribió para que los niños las entendiesen. La obra de Andersen conserva uno de los elementos más importantes del cuento tradicional: la magia de la voz.



ROBERT INGPEN, ENCICLOPEDIA DE LAS COSAS QUE NUNCA EXISTIERON, MADRID: ANAYA, 1985.



Si releemos de nuevo esos cuentos que con nostalgia nos hacen mirar atrás y nos devuelven nuestra niñez, encontraremos muchos detalles que nos obligan a dudar si alguna vez los hemos leído anteriormente. Y aunque en ellos pocas sean las princesas, muy raros los duendes y escasas las hadas, existen algunos títulos donde aparecen personajes de la naturaleza que pertenecen al dominio de los elementales: *Ole cierraojos*, *La ninfa*, *El hada del Saúco* y *La pequeña Ondina*. Además, hay dos cuentos que, aunque no se hallen entre los más famosos, merecen ser citados. Uno es *La colina de los elfos*:

«El viejo Troll de Noruega habló elocuentemente de las soberbias montañas noruegas y de las cataratas que se precipitaban blancas de espuma, con el estrépito del trueno y el acorde del órgano, contó la historia del salmón, que saltaba contra la corriente cuando el gnomo toca el arpa de oro.»

El segundo lleva por título *El elfo de la rosa*, y empieza así:

«En medio de un jardín crecía un rosal cargado de rosas, y en una de ellas, la más bella de todas, vivía un elfo. Era muy pequeño, tan pequeño, que no había ojo humano para que pudiera verlo. Tenía un dormitorio detrás de cada pétalo. El elfo estaba tan bien hecho y era tan encantador, que ningún niño habría podido superarlo. Tenía unas hermosas alas, que le llegaban desde la espalda hasta los pies. ¡Qué perfume tan agradable inundaba sus habitaciones y qué diáfanas y bonitas eran sus paredes! Las paredes eran de finos pétalos de rosa pálido de la flor...» (Andersen: *Cuentos de hadas para niños*, volúmenes I y II, colección Trebol, Ediciones Gaviota, 1983).

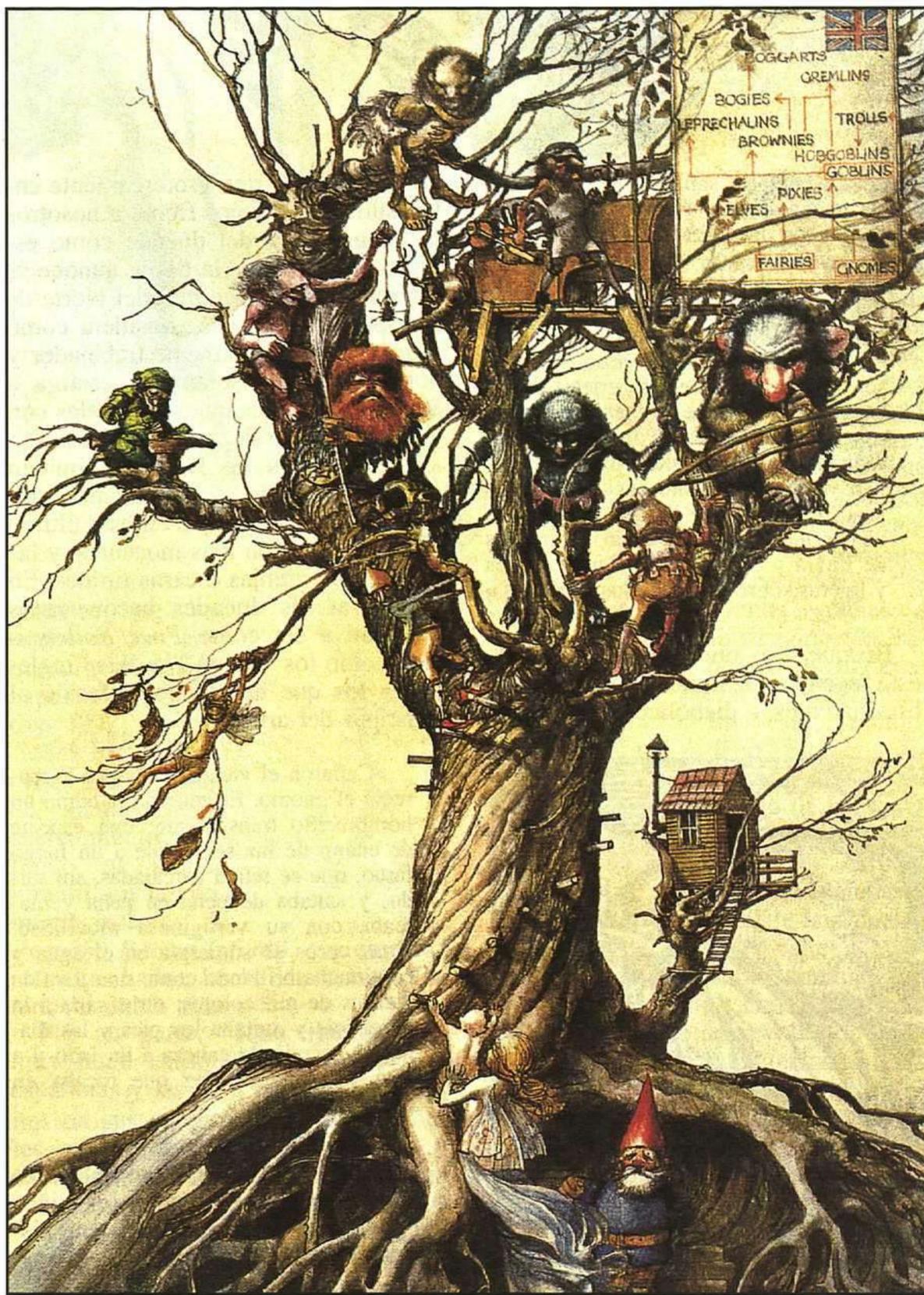
Andersen tiene el estilo propio del cuentacuentos. Resulta fácil imaginarse a Andersen rodeado de niños, explicando cuentos a la luz de las brasas del hogar. Por lo demás, no encontramos más de una docena de cuentos, en el conjunto de la obra de Andersen, en

RICARDO SÁNCHEZ, DUENDES, MADRID: EDAF, 1994.

Trasgo castellano-Icones

14

CLIJ70



ROBERT INGPEN, ENCICLOPEDIA DE LAS COSAS QUE NUNCA EXISTIERON, MADRID: ANAYA, 1985.

los que aparezcan duendes o espíritus naturales. Mucho más frecuentes son los títulos referentes a plantas o animales.

En el siglo XIX, Antonio Ros de Olano (Caracas, 1808-Madrid, 1887) escribe un curioso cuento: *Historia verdadera o cuento estrambótico, que da lo mismo*. El autor recrea de manera enriquecida la antigua leyenda medieval del Pece Nicolao, el hombre anfibio, y en sus páginas destaca la descripción de un extraño aquelarre:

«(...) y llevaba prendido al cabello un velo de ilusión de crepúsculo ves-

pertino, de los que tejen para las hadas los gusanos de luz de aquella isla (...).

Miss Tintin, hechicera, solía por distraimiento enseñar a las focas el silabario, aunque eran tartamudas, y tan torpes, que nunca llegaron más que a deletrear el b-a, ba y el p-a, pa (...); los duendes se mantenían en pie, porque éstos por su temperamento activo no se sientan; los gnomos estaban derechos, porque no sabían sentarse (...). Así que Miss Tintin organiza un concierto de focas de melodía y letra —eran sólo dos letras— insólitas, pero cantaban las focas de tal manera que hicieron cantar a todos los demás seres elementales:

Los duendes:

Madre, los estudiantes son tan indinos,* porque llevan un duende siempre consigo.

¿Qué duende será...?

* Travieso, descarado.

Las Focas:

P-A, Pa; P-A, Pa.

Los duendes:

Lo dicen las focas con el P-A, Pa.

Toda la hueste:

¡Ya!

(...) Mas los gnomos, a pesar de su innata bondad, como les sobraba luz y no tenían escarcha para chuparse los dedos, andaban los pobrecitos muy gruñones, a la manera de gorrinillos sin madre, y sucedió que fuera de tono salieron refunfuñando y decían:

Los gnomos:

Ahora que la luna no alumbra al gnomo, el peje* relumbra vestido de fósforo:

¿Y hay fuegos, y Helena, y brujas, y duendes...? Pues la que lo enreda que lo desenrede.»

* Pez.

(*Antología Española de Literatura Fantástica*, Valdemar 1992.)

Juan Eugenio Hartzenbusch (1806-1880), autor del famoso drama *Los amantes de Teruel*, piensa en el público infantil cuando escribe dos libros, el primero de cuentos y fábulas, y el segundo de cuentos y teatro infantil (Madrid, 1861). De las fábulas publicadas merece la pena «El enano de la venta», de la cual citamos algunas estrofas, en las que resalta el carácter burlón del duende:

«Parece que antes había en la venta del Candil un enano que tenía voz equivalente a mil.

.....
Negro, bisojo, feotón,
barba azul, nariz adunca.
Sonaba, pues, el bajón;
mas él no bajaba nunca.
.....

Burlona estalló conforme
risa general sin fin,
viendo, tras la voz enorme,
un enanillo codín.»

Gustavo Adolfo Bécquer (Sevilla, 1836-Madrid, 1870) nos relata una leyenda ambientada en Aragón, *El gnomo*, donde nos cita gran variedad de características del comportamiento de estos pequeños seres:

«Cuando el Moncayo se cubre de nieve, los lobos, arrojados de sus guaridas, bajan en rebaños por su falda, y más de una vez los hemos oído aullar en horroroso concierto no sólo en los alrededores de la fuente, sino en las mismas calles del lugar; pero no son los lobos los huéspedes más temibles del Moncayo. En sus profundas simas,

en sus cumbres solitarias y ásperas, en su hueco seno, viven unos espíritus diabólicos que durante la noche bajan por sus vertientes como un enjambre, y pueblan el vacío y hormigean en la llanura, y saltan de roca en roca, juegan entre las aguas o se mecen en las desnudas ramas de los árboles. Ellos son los que aúllan en las grietas de las peñas; ellos los que forman y empujan esas inmensas bolas de nieve que bajan rodando desde los altos picos y arrollan y aplastan cuanto encuentran a su paso; ellos los que llaman con el granizo a nuestros cristales en las noches de lluvia y corren como llamas azules y ligeras sobre el haz de los pantanos.»

Bécquer nos presenta a lo largo de esta leyenda a los gnomos como seres transparentes y diabólicos, como fue-

gos fatuos que ríen grotescamente entre saltitos. Tenemos frente a nosotros la imagen pura del duende como espíritu elemental de la tierra, aunque es diferente a la del gnomo del Norte de Europa. A éste se le considera como a un ser extremadamente trabajador y bondadoso, que solamente castiga a aquellos humanos que son crueles con la Madre Naturaleza.

Los gnomos de Bécquer también son distintos del *follet*, duende doméstico catalán, ya que en este último las travesuras son más inocentes, y las perpetra en granjas o casas rurales. En definitiva, los duendes becquerianos vendrían a ser como *Focs Follets* o bien como los *Will O'The Wisp* ingleses, a los que nos hemos referido al principio del artículo.

«Callaron el viento y el agua y apareció el gnomo. El gnomo era como un hombrecillo transparente; una especie de enano de luz semejante a un fuego fatuo, que se reía a carcajadas, sin ruido, y saltaba de peña en peña y mareaba con su vertiginosa movilidad. Unas veces se sumergía en el agua y continuaba brillando como una joya de piedras de mil colores; otras salía a la superficie y agitaba los pies y las manos, y sacudía la cabeza a un lado y a otro con una rapidez que tocaba en prodigio.»

Creo que esta leyenda no sólo hizo suspirar por los duendes a los niños del siglo XIX, sino que, al ser una historia enigmática, se convierte en mágica cuando la oímos narrada, con voz grave, por boca de un abuelo.

No es de extrañar que muchos de los buenos autores que tuvimos en nuestro país a lo largo de la historia literaria no escribieran algún cuento fantástico, algún cuento de hadas; el realismo literario no era propicio a los trasgos, brujas y apariciones. Era mucho más fácil dejar traslucir el carácter travieso y burlón del duende, disfrazándolo a través de una comedia de capa y espada. Esto hizo, con gran éxito, Calderón, en 1629, con su obra *La dama duende*. El personaje de Cosme describe al espíritu visitante de la siguiente forma: «Era un fraile tamaño, y tenía puesto un cucurucho



LAURENCE HOUSMAN, CUENTOS DE HADAS VICTORIANOS, MADRID: SIRUELA, 1993.



BRIAND FROUD Y ALAN LEE,
HADAS, MADRID:
MONTENA, 1983.

tamaño; que por estas señas creo que era un duende capuchino» (Cátedra, 1992).

Así, Rubén Darío (1867-1916) pone de manifiesto su acercamiento profundo al mundo infantil, en las primeras estrofas de *Pequeño Poema Infantil*, que empieza así: «Las hadas, las bellas hadas, existen, mi dulce niña».

Por su parte, María Héctor, con muy buen estilo, recoge tradiciones españolas y las da a conocer a los niños en sus cuentos de hadas españoles, y en los cuentos fantásticos; y Constantino Cabal hace lo propio en sus cuentos tradicionales asturianos.

El cuento español suele tener por protagonistas a graciosos campesinos. Los pequeños, leyendo o bien escuchando al cuentista, ríen al ver como el diablo —seguramente imagen deformada del espíritu de la naturaleza— resulta burlado por la astucia de estos personajes.

En Cataluña fue Joan Amades (1890-1959), folclorista catalán por excelencia, quien se encargó de recoger todas las tradiciones y cuentos entorno al mundo de los *follets*. Así nos hemos podido enterar de que los *marinets menairons*, *farfadets*, *farrugets*, *familianus* y *gombutzins* son distintos nombres que recibe el duende en Cataluña, mientras que en Mallorca se les denomina *diablos boiets*, y *berruguets* en Ibiza.

A partir de aquel momento, la conservación de los cuentos de hadas quedó asegurada gracias a la labor que estos folcloristas hicieron. Una de las más grandes virtudes del cuento de hadas consiste en que nos pone en el paladar una cantidad de ideas que el narrador y el oyente, gracias a su imaginación, saborean y digieren con total libertad. En este sentido, debo romper una lanza a favor del cuento de hadas, al no compartir, además, las críticas que los psicoanalistas le han hecho.

El cuento de hadas advierte al subconsciente del niño sobre el mundo que le espera, por tanto, tacho la idea traumática que puede desenvolver la agresividad de uno de estos textos al niño. Las últimas generaciones no han sufrido trauma alguno al enterarse de la existencia de malas personas. Creo que los cuentos actuales reflejan un mundo utópico en lo que en bondad y otras virtudes humanas se refiere, no sea que el niño de mañana cuando se despierte de su mundo rosa teñido, decida al igual que Bella Durmiente dormir cien años, en espera de mejores tiempos.

Los cuentos de hadas nos permiten el lujo interminable de ser revividos de manera diferente, según la edad, circunstancias e intereses del momento. De todas maneras, es importante evitar que estos cuentos de antaño no sean sólo conocidos a través de la gran pantalla, como en el caso de las adaptaciones cinematográficas de Walt Disney, conviene que los niños puedan disponer también de la versión antigua sometida a la prueba del tiempo, en forma primitiva y directa u otra más elaborada y sutil, como aquella que, durante siglos, ha reconocido y alegra-

do a los jóvenes y a quienes no han perdido la juventud de espíritu. Todos los cuentistas clásicos: Perrault, Andersen, Grimm y otros son recogidos definitivamente por la Editorial Calleja que se funda en Madrid en 1876.

Lecturas de hoy y de siempre

M^a Luisa Gefaell publica, en 1953, *Las hadas de Villaviciosa de Odón*, pueblecito castellano cargado de unas hadas tales, que no son más que nuestros queridos espíritus elementales de la naturaleza. Estos relatos influenciados por la mitología nórdica, se presentan en diez cuentos y no hacen más que volvernos a confundir con respecto a las diferencias entre hadas y duendes. Estas hadas son la fuerza vital de la tierra, duendes, trasgos o gnomos, depende del aspecto en que se enseñen los espíritus de la naturaleza. Esta autora nos sumerge entre líneas y frases encantadas por las hadas, nos sorprende tras cada coma, tras cada punto, y uno siente pena cuando ha terminado el libro, y por eso, quizá todavía hechizado, uno reemprende una vez más la lectura de estos cuentos. Y dice así en el primero de ellos, *Las Hadas del Mar*:

- «—¡Mamá, por poco vemos un hada!
—¿Un hada o un pez?
—¡Un hada, un hada! Se conoce que estaba en el arroyo y, al oírnos, se escondió debajo de unas plantas. La hemos visto esconderse.
—¿Qué hada puede ser, mamá?
—pregunta la niña morena, con sus ojos oscuros ansiosos de misterio.
—Será una de las hadas del mar, que ha subido hasta aquí, por los ríos, y ahora no sabe volver.»

Estos relatos tienen sabor a sagas y *Eddas* escandinavas, al *Kalevala* finlandés, al *Heldenbuch* y *Nibelungen* germanos, al *Mabinogion* galés; con esos romances de la *Batalla de los Árboles* y los poemas del *Libro de Taliesin*, todo ello revuelto, con ingredientes de Castilla, para convertirlo en un libro de mesa, de mesita de noche, exquisito.

Las hermanas Viladefrancos, Ma-



MONTSE GINESTA, GUIA DE GEGANTS, BARCELONA: BARCANOVA, 1992.



RIEN POORTVLIET, EL MUNDO DE LOS GNOMOS, MADRID: MONTENA.

risa y Gloria, son autoras especialmente dedicadas a la literatura infantil. Marisa nos relata, en *El enano del bosque*, cómo un duendecillo ayuda a mecer al niño y a guisar la olla, elemento primordial de la escuálida dieta de la Castilla rural, tan bien descrita en el siguiente pareado:

«El almuerzo si le dan,
al mediodía cebolla y pan,
por la noche si hay olla,
y sino vuelta al pan y la cebolla.»

En los libros para niños, concretamente los cuentos de imágenes para los más pequeños, se encuentran a faltar aquéllos donde se vea ilustrado el duende con un gran vínculo hacia la naturaleza, y realmente se capte su espíritu protector y benévolo, a la vez que burlesco con aquellos humanos que ofenden la naturaleza con su comportamiento. De esta manera, se transmitiría el auténtico carácter del duende, sin pintarlo como un juguete de princesas y así el niño aprendería de pequeño a no tirar papeles de caramelos, ni escombros en los parques o bosques.

Para niños de 3 a 4 años, encontramos *Die kleinen Leute*, de Barón F. de la Motte Fouqué (1777-1843), escritor romántico alemán procedente de la nobleza hugonota. El educador puede contar perfectamente la historia que le sucede al protagonista, de apenas cuatro años, hijo de un guarda forestal, y las aventuras que vive con su amigo el enanito; la editorial J.J. de Olañeta, dentro de la colección Los Jóvenes Bibliófilos, publica, en 1988, el cuento con el título de *Los Enanitos*.

Un libro que nos da a conocer a todos estos seres de antaño es *La Guía de Gigantes y otros seres extraordinarios*, con texto e ilustraciones de Montse Ginesta (editado en catalán por Barcanova, y en castellano por Anaya); la obra nos habla de las característica de los geniecillos, elfos, enanos, etc. Por otro lado, en *Cuentos de cinco minutos*, de Marta Osorio (colección el Duende Verde, Anaya 1989), se nos relatan las divertidas peripecias de un duende mermeladero.

Ediciones Altea publica, en 1990, bajo la versión de María Puncel y con ilustraciones de Karin Schubert, *Dos*

cuentos de duendes, el Duende Gris y El Duende del Pantano. En este último cuento, se nos describe a los duendes como pequeños seres de color musgo y piel arrugada, que viven debajo de las losas mágicas, alrededor de los pantanos que pueblan los bosques encantados. Gustan de lugares sombríos y solitarios, pero al escuchar pasos humanos gimen para que les levanten la losa. A cambio, harán mil favores, con la condición (sacada de la tradición anglosajona) de que no se les dé las gracias, cosa que les enfurece y les hace ser desagradables.

El libro mágico de los gnomos (Suseta, 1992), ilustrado por Jordi Busquets, con divertidos y sencillos dibujos, y con texto de Carlos Echeverry, relata con humor un encuentro directo con los gnomos y su mundo.

Para niños de 5 a 7 años tenemos la suerte de encontrarnos frente a un cuento encantador. Un texto que está en perfecta armonía con sus ilustraciones: *La Princesa Nadie*, del escocés Andrew Lang (1844-1912). Texto escrito especialmente para las ilustraciones que Richard Doyle (1824-

1883) publicó, en 1870, en el libro *En el país de las hadas*, y que tanto habían gustado a Lang. *La princesa Nadie* es un cuento influido por el culto que los británicos siempre han rendido a la gente menuda del bosque. La obra salió a la luz en 1884, un año después de la muerte del ilustrador; con pasajes tan afortunados como los siguientes:

«El Rey miró hacia abajo y vio al enanito más gracioso que jamás hubiera visto en su vida. Llevaba un gorro puntiagudo que parecía una flor. Tenía grandes bigotes y una barbita rizada y puntiaguda. Su capa también era roja como su gorro y su traje era verde, y cabalgaba sobre una rana verde. Otros se hubieran asustado, pero el Rey estaba acostumbrado a las hadas, así que no se asustó. (...) Conforme caminaban por el País de las Setas, vieron a la luz del crepúsculo que los elfos empezaban a bailar, porque habéis de saber que los elfos sólo bailan al anochecer. (...) Los elfos estuvieron danzando hasta la media noche, y justo a esa hora cesaron de danzar, se desvistieron y se subieron a las ramas de un gran árbol, donde se echaron a dormir. Me preguntaréis cómo es que sa-



RICARD RECIO, L'OU DE CRISTALL, BARCELONA: LA GALERA, 1987.

ben los elfos cuándo son las doce de la noche, ya que no hay relojes en el País de las Setas. Pero lo saben porque precisamente, justo a las doce, las setas empiezan a crecer y también nacen otras pequeñas» («La princesa Nadie»,

en *Un cuento de hadas*, col. Biblioteca de Cuentos Maravillosos, J.J. de Olaneta, 1990).

Para lectores de 8 a 9 años encontramos libros donde queda más marcado este enlace con la naturaleza, como por ejemplo *Els convidats del bosc*, de Josep Vallverdú (Els Grumets de la Galera, 1985), donde se narra la historia de dos hermanos que acampan en un bosque encantado y entran en contacto con los espíritus de la naturaleza; unos de los más sorprendentes son los duendes creadores de setas, unos elementales que cocinan y moldean la gran masa de donde surgen todas las setas. O bien, *Utinghami rei de la boira*, de Mercè Canela (de la misma editorial), en el que aparece un duende estafalario que dice ser el Rey de la Niebla.

También con Mercè Canela, partiremos en busca de *L'Ou de Cristall*, cuando Puck, Oberón y Titània, duendes y hadas del mundo teatral de Shakespeare, buscan a los actores capaces de garantizar la supervivencia del Teatro (Els Grumets de La Galera, 1987). O bien *El gran viatge d'una menuda* (La Bicicleta Groga, de Tàndem, 1994), en el que Rusell di Napoli y Vicky Algarra nos hablan de la gente menuda, un tipo de duendes que abunda en las tierras británicas, y que son más pequeños que el duende mediterráneo. Estos seres describen, con gran entusiasmo, el mundo de los humanos, visto y valorado desde una perspectiva muy diferente a la nuestra y que contagia al niño unas tremendas ganas de ser bueno y generoso con sus semejantes. Por otro lado, un libro que nos pone en contacto con el duende germánico es *Hörbe, el del gran Barret*, de Otfried Preussler (Joventut, 1986).

Para niños a partir de 9 años, en-



RICHARD DOYLE, LA PRINCESA NADIE, PALMA DE MALLORCA: J.J. DE OLANETA, 1990.

contramos un fantástico cuento: *El unicornio*, de Irmelin Sandman Lilius, en la colección El Barco de Vapor, de Ediciones SM:

«Debajo de los abetos había piedras con musgo y alguna florecilla de color malva... Pero quizá no fueran piedras, sino gnomos que dormían hacía mucho y que el tiempo había cubierto de musgo.»

Pero donde realmente encontramos libros encantadores, y no sólo para los más jóvenes, es en las lecturas para los niños a partir de 12 años como, por ejemplo: *Aquella tardor amb Leprechaun*, de Maria Lluisa Amorós (III Premio El Vaixell de Vapor 1987, de Cruïlla); el *leprechaun* es un duende irlandés, un diminuto elfo de cuerpo ancho, carita arrugada y con la nariz colorada. Su gorro encarnado es de tres picos, viste de color verde y lleva un delantal de cuero. Es el zapatero de las hadas, y tiene su taller instalado debajo de algunas seta o en el hueco de un árbol.

Otro título a destacar es *Porta Falsa* de Pau Joan Hernández (Empúries, 1987), que consigue unir el mundo de antaño con el presente que envuelve a los jóvenes de hoy, a través del personaje de una chica de hoy en día que, en realidad, es una dríade, un espíritu de la naturaleza. O bien nos podemos dejar fascinar escuchando como el *puck* de Shakespeare, regresando de *El sueño de una noche de verano*, nos explica de la mano de Rudyard Kipling, en 1906, la historia de Inglaterra (*Puck de la colina de Pook*, Anaya, 1987).

La colección Obelisco-Fantástica, de Editorial Obelisco, recoge, en *Cuentos de elfos y gnomos* (1986), nueve bonitos relatos sobre este género.

Terry Pratchett es el autor de *Camioneros*, *Cavadores* y *La nave* (todos editados por Timun Mas, 1990), y en esta saga de tres libros nos relata la historia de unos duendes contemporáneos, de cómo han podido sobrevivir los gnomos en nuestro mundo, cómo han olvidado su procedencia y cómo la encontraran de nuevo. En este sentido, las peripecias y aventuras por las que pasan estos personajes es-

tán muy bien contrastadas con el mundo actual.

Los libros *Los Gnomos* y *La llamada de los gnomos*, de Rien Poortvliet y Will Huygen (Montena, 1985)

—de cita obligada—, transportan al lector adolescente y adulto, con gran hechizo, al mundo de las hadas. Para los más pequeños existe una versión infantil en la serie de «El libro secreto



ANNA CLARIANA, AQUELLA TARDOR AMB LEPRECHAUN, BARCELONA: CRUÏLLA, 1988.

de los gnomos», publicada por la Editorial Plaza Joven. En el mismo año, Elfos Ediciones publica un libro pequeño, *Hadas y Elfos*, de Rita Schnitzer, con preciosas ilustraciones de Rosa Batlle, en el que se citan un gran número de características de la gente menuda.

Ahora bien, si lo que queremos es un relato vinculado con la tradición catalana, donde toda la historia se desarrolla en nuestro Pirineo, nada mejor que el libro *Què farem, què direm?*, de Pep Coll (Premio Angular 1991). En este libro —editado por Cruïlla— se vuelve a hablar de los *minairons*,

con la misma ternura que en otros tiempos lo hacía Joan Amades.

De tradición anglosajona, Miraguano Ediciones publica en 1992, *Cuentos de Duendes*, en la colección Libros de los Malos Tiempos. Dentro de la misma línea, pero más adaptados para el público infantil, Gaviota edita, en 1991, *Cuentos populares británicos* de Kevin Crossley-Holland.

Un cuento para leer en el colegio es *Lydia, el hada de la clase*, de Cori Esteller (Luciérnaga 1994). En él transcurren una serie de divertidos sucesos entre una profesora, el gnomo Guillermo, el hada Lydia y, cómo no, los niños de la clase.

Para los más iniciados, caben destacar los libros de la Editorial J.J. de Olañeta: *Guía de campo de Hadas y demás Elfos*, de N. Arrow-smith y G. Moorse (1986), y *Hadas, duendes, y otras criaturas sobrenaturales*, de Katharine Briggs, los cuales se

presentan como diccionarios de los espíritus elementales de la naturaleza. Obra que, sin lugar a dudas, deleitará al lector es *Diccionario de las Hadas* (J.J. de Olañeta, 1993), completísimo trabajo de la folclorista K. Briggs.

Otros títulos interesantes son *Hadas, duendes, elfos y más gente menuda*, de Michael Hall, publicado en 1992 por Edicomunicación, y *El Tarot de los Gnomos*, de G. Berti y A. Lupatelli, con bonitas ilustraciones, que nos relatan en forma de cuento cómo los gnomos traspasaron la sabiduría del tarot a los humanos (Obelisco, 1993).

Podríamos añadir muchas otras obras de la literatura infantil y juvenil contemporánea en las que aparecen duendes o gnomos como personajes principales o secundarios, pero para terminar el artículo he elegido un fragmento de *Liliana*, del escritor e ilustrador catalán, Apelles Mestres (1854-1936). *Liliana* es un poema, una epopeya dividida en catorce cantos, que tiene como único escenario el bosque, el espacio misterioso por excelencia, propicio a la leyenda y los mitos arcaicos, en el que se mueven singulares héroes —hadas, duendes, ninfas ranas, ruiseñores...—. *Liliana* es el nombre de la ninfa acuática protagonista del poema, junto a los tres gnomos: Flok, Mik y Puk.

«El Gnomos inmortal, els genis de la Terra (uns homuncles crèats desde'l començ dels temps per vetllar y assistir, per atendre solícits a tots els sers petits, flors y animals ensemps), desde aquell día infaust llurs cors, els Gnomos, per l'Home van sentir tal brufada d'horrors, qu'internantse en la Selva amatents van jurarli ser sos fidels guardians y son braus defensors. ¿Quàn havien nascut? Tal volta'l mateix día en què la Terra (esquitx d'escoria incandescent escupida pel Sol un jorn de cataclisme)



HARRY FURNISS, CUENTOS DE HADAS VICTORIANOS, MADRID: SIRUELA, 1993.



ROBERT INGPEN. ENCICLOPEDIA DE LAS COSAS QUE NUNCA EXISTIERON. MADRID: ANAYA, 1985.

fóu condemnada a errar pel buit eternament...
 O nasqueren, potser, el día en què la Terra,
 recullint en son pit tot el foch sideral,
 fecundada en un bés per la boira primera,
 engendrà'l primer sér en son flanch maternal...
 Nasqueren; això es tot. Quàn y com, ho ignoraven,
 y ells, qu'ho savien tot, no savien res d'ells.
 No sentien l'orgull d'ésser vells com la Terra?
 Honor, donchs, als que's fan gran honor d'ésser vells!
 Nasqueren, y això es tot. Mes, fora això, savien
 que comptaven els anys per milers de milers:
 —Hem vist caure la neu centenars de mil voltes
 y altres tantes hem vist florir els atmetllers!
 Aixís ho deyen ells y ab això s'envanien.

Eren menuts de cos, camacurts y barbuts;
 lleugers com esquirols, intrèpits com musteles,
 prudents com gats-mesquers y com fúines astuts.
 Y eren molts, unsens fi, un estol innombrable,
 visquent sempre avinguts en armonía y pau,
 cosa aquèsta que may conseguí un grapat d'homes
 llòant un meteix Déu adins d'un meteix cau.»

«Los Gnomos inmortales, los genios de la Tierra (unos homúnculos creados desde el comienzo de los tiempos, para velar y asistir, para atender solicitos á todos los seres pequeñuelos, á flores y animales juntamente), desde aquel día infausto, los Gnomos, dentro de sus corazones, sintieron por el Hombre tal ráfaga de horror, que internándose en la Selva, le juraron, al punto, ser sus fieles guardianes y bravos defensores.

¿Cuándo habían nacido? Tal vez el mismo día en que la Tierra (salpicada de escoria incandescente, escupida por el Sol en horas de cataclismo) fué condenada á errar eternamente por el vacío...

Ó nacieron, quizás, el día en que la Tierra, recogiendo en su pecho todo el fuego sideral, fecundada en un beso por la primera niebla, en su seno maternal engendró el primer ser...

Nacieron; eso es todo. Cuándo y cómo lo ignoraban; y ellos, que lo sabían todo, nada sabían de sí mismos. ¿No sentían orgullo en ser viejos como la Tierra? ¡Honor, pues, á los que tienen á grande honor ser viejos!

Nacieron, y eso es todo. Mas fuera de eso, sabían que contaban los años por millares de millares:

—¡Hemos visto caer la nieve centenares de miles de veces, y otras tantas hemos visto florecer los almendros!

Así lo decían ellos, y de eso se gloriaban.

Eran diminutos de cuerpo, pernicortos y barbudos; ligeros cual ardillas, intrépidos cual comadrejas, prudentes cual gatos monteses y astutos cual garduñas. Y eran muchos, un sin fin, un gentío innumerable, y vivían siempre avenidos, en armonía y paz; cosa ésta que jamás logró un puñado de hombres, dentro de una misma guarida y loando á un mismo Dios.»

No recomiendo todos aquellos libros en los que se desfigura la imagen del duende, convirtiéndolo en un ser pobre de espíritu, tacaño, de mal genio y vigilante de tesoros; bufón de la corte y saltimbanqui de reyes poderosos o bien por el contrario demasiado moderno —un gnomo no sobrevuela con helicóptero las grandes ciudades, ni se va de paseo los domingos al Zoo—. Como, por ejemplo, sucede en los cuentos de la serie «Nody» (Juventud, 1985), de la otrora magnífica escritora Enid Blyton, que modernizan por completo la imagen del duende.

Tampoco incluyo aquellos libros que engañan a través de la ilustración o título de la portada, donde aparecen preciosos elfos o duendes, mientras que en su interior, no hay ni una palabra destinada a estos seres. Es el caso de *Contes del follet de la son* y *Noves histories del follet* (publicados en Destino), de Gina Ruck Pauquet, ambos con ilustraciones de duendes

en la portada, pero sin que aparezcan luego en el texto. Sin embargo, eso no significa que sus cuentos sobre el pequeño cartero no sean relatos amenos, sino que molesta la idea de traicionar al niño exponiéndole un tema

del que después no se va a hablar.

De todas formas, no siempre resulta fácil encontrar duendes en los bosques de letras. Hay que buscar bien entre páginas, y a veces también nos es grato leer uno de estos relatos bajo

un árbol, en contacto con la naturaleza. Y si esperamos la hora del crepúsculo, posiblemente podremos ver —como aseguró Lewis Carroll— a algún duendecillo dar su paseo al atardecer. ■

* Isabel Sarri es especialista en mitologías.

Notas

1. Como la indignación que le causaron al padre Malón *Los cuatro libros de la Diana* (Zaragoza, 1570), de Jorge Montemayor, los cuales alcanzaron gran éxito y difusión. Atacándolos de ser libros lascivos y profanos en el prólogo de *El libro de la conversación de la Magdalena* (1588).

2. Generalmente, se clasifican bajo este título todo tipo de narraciones maravillosas, aunque no se incluyan la presencia de las hadas u otros espíritus de la naturaleza.

3. La palabra *Märchen*, en alemán, es el diminutivo del viejo e inusual término *Mar*, que significa, por un lado, tradición y, por otro lado, la información, la noticia que se trae, que luego pasa y se desliza. Jacob Grimm halló los textos de los viejos Maestros Cantores alemanes y dio a conocer el *Edda*, esa epopeya islandesa del siglo XIII, que tradujo y adaptó. En el *Edda* se distinguen fácilmente dos tipos de duendes: los *liozalfar*, que viven sobre tierra y los *dakalfar*, que viven en subterráneos.



APELES MESTRES, LILIANA, SABADELL, AUSA, 1989.

Bibliografía

- Alonso, P. y Gil, A.: *Personajes imaginarios en peligro de extinción*, Barcelona: Aura Comunicación, 1994.
- Autores Varios: *Historia de la literatura española y universal*, Barcelona: Teide, 1974.
- Autores Varios: *Cuentos de hadas victorianos*, Madrid: Siruela, 1993.
- Bravo-Villasante, C.: *Historia de la literatura infantil española*, Madrid: Escuela Española, 1985.
- Camps Perarnau, S.: *La literatura fantástica y la fantasía*, Barcelona: Montena, 1989.
- Canales, C. y Canejo, J.: *Duendes*, Madrid: Edaf, 1994.
- Martínez, A. (selec.): *Antología española de la literatura fantástica*, Madrid: Valdemar, 1992.
- Page, M. y Ingpen, R.: *Enciclopedia de las cosas que nunca existieron*, Madrid: Anaya, 1985.

Gnomos de los bosques y florestas españolas

• *Busgosus*. Las definiciones de este ser nos llegan de la mano de Juan Menéndez Pidal, que en el año 1885 lo describía como un pequeño sátiro. En el año 1903, el señor Jove y Bravo lo veía como a un fauno; la cabecita con mucho cabello y dos pequeños cuernos retorcidos como los de las cabras; sin embargo, su cuerpecito es de humano, pero con piernas de cabra. Se pasea melancólicamente por los bosques indicando el camino a los humanos que se pierden. Gran defensor de la naturaleza y los animales. Odia a los leñadores y cazadores.



Diañu burlón.

• *Diañu burlón*. Conocido también como *Gorru Colorau*. Pertenece a la familia de los faunos. Su ocupación consiste en cansar y molestar a las gentes, con capacidad de convertirse en animal, como caballo para desorientar a quien lo monta, o bien como un erizo bromista. Está completamente vinculado con el bosque.

• *Hombres de musgo*. Pequeños seres asociados a los húmedos bosques de robles y hayas del norte de la Penín-

sula, visten de verde y llevan hojas de helechos en sus cabecitas.

• *Mamur y Prakagorri*. Son duendes familiares, parecidos a pequeños *follets*, que nos describe Joan Amades, ya que un buen grupo de ellos cabe en un alfiletero y se les puede coger en la víspera de San Juan.

• *Martinets*. Son los *follets* de las setas que abundan en los bosques cercanos al pueblo Martinet de la comarca de la Cerdaña. Estos espíritus son terriblemente activos y trabajadores, capaces de realizar las tareas más imposibles, como desviar el curso de un río o cambiar una montaña de lugar. Según Joan Amades, eran



Mamur.

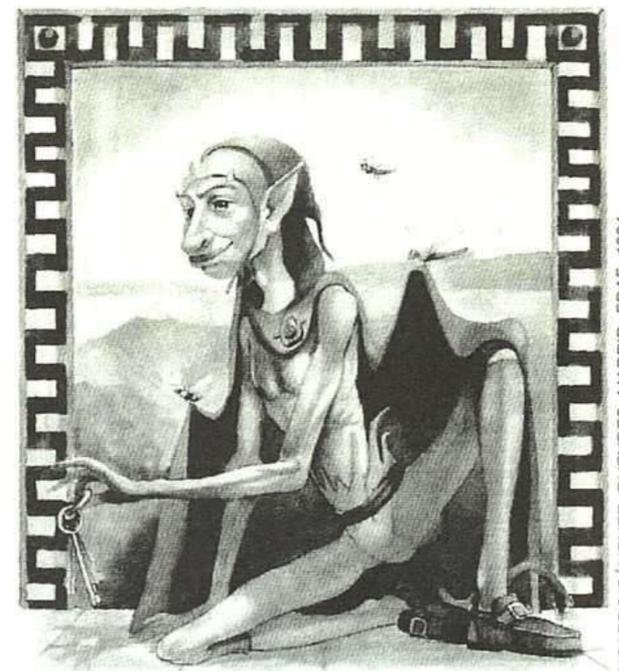
unos hombrillos tan menudos, que cabían muchísimos en un alfiletero, y se vendían antiguamente en la feria de Sant Lluç de Olot.

Gnomos de la Tierra, subsuelo, cuevas y minas

• *Mourus*. Viven en ciudades subterráneas invisibles a los ojos humanos, su misión consiste en custodiar los tesoros ocultos bajo tierra.

• *Menairons*. Los *menairons* son los *follets* que habitan en las cuevas y minas de la comarca del Pallars. Según Joan Amades, su origen está en la semilla de una planta nombrada *maneirronera*. Son muy pequeños y muy trabajadores.

• *Foc Follet*. Aparecen como centellas y lucecitas fosforescentes y danzarinas. Se cree que los *follets* están dentro de estas chispitas de luz y que están animados por las almas de los niños, mujeres y hombres que todavía recuerdan sus vidas en la Tierra y, por ello, no han entrado de completo al mundo de los elfos. Antonio Ros de Olano, en el siglo XIX, los define en *Historia verdadera o cuento estram-*



Sumiciu.

bótico, que da lo mismo de la siguiente manera: «Los fuegos fatuos asomaron en el acto por todas partes;

Gnomos domésticos de las regiones españolas

• *Trasgu*. Se dejan ver a menudo por los habitantes de las casas, pero solamente para asustarles. De todas maneras, es un duende benéfico, aunque a veces puede tener mal humor y ser muy travieso. Acostumbra a entrar a las casas por la chimenea. Viste de rojo y su gorro es también colorado, puede tener cola, cuernos y cojear un poco. Le gusta ordenar la casa, pero si se le maltrata, romperá los muebles y hará añicos las cosas. Le gusta molestar a los humanos cuando duermen.

• *Sumiciu*. Deriva del término *sumere*, que significa coger, adquirir, apropiarse. Hace desaparecer las cosas de los humanos. Sus ropas son de color

pero tan egoístas y tacaños, que sólo se alumbran a sí mismos, e iban y volvían y corrían acá y acullá, atolondrados, sin orden ni concierto». Se les conoce por toda Europa, y se les puede ver de cerca en los terrenos húmedos, pantanosos y en las cercanías de los cementerios; por ello, en Italia, a los *fuochi fatui* se los tiene como a las almas del purgatorio.



Trasgu.

verde y lleva un gorro puntiagudo con un cascabel.

• *Trentis y Tentirrujos*. Si se les deja

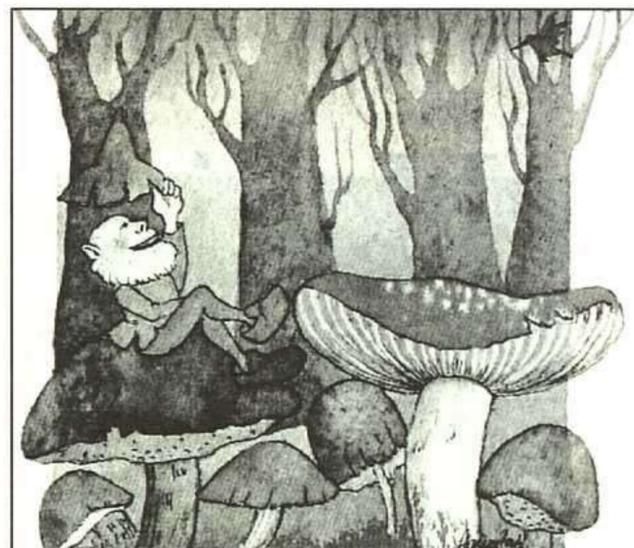


Follet.

comer, sobre todo miel y leche, y puede vérselos, se obtendrá muy buena suerte. Conocen las propiedades curativas de las plantas de su entorno y son capaces de hacer crecer las cosechas. Son duendes que, aunque están completamente vinculados con el bosque, les gusta tener contacto con los humanos.

• *Inguma*. Son pequeños y peludos con muchos dientes y de color verdoso. Son peligrosos, porque se alimentan de la energía vital de los humanos, que roban sentándose por las noches sobre los pechos de éstos, mientras duermen profundamente.

• *Follet protector*. En Cataluña, antiguamente, casi cada familia tenía en su hogar a un duende protector que cuidaba de que todo estuviera en or-



Hombres de musgo.

den, la cocina limpia y los animales bien atendidos.

• *Pesanta*. Duende nocturno que tiene la costumbre de molestar a los humanos oprimiéndoles el pecho, mientras éstos duermen, provocándoles pesadillas. Asimismo, les encanta armar escándalo moviendo los muebles de sitio.

• *Boiets*. Parecen diminutos demonios con cuernos y colita; originalmente vivían en los helechos y nacían de las semillas que se abrían la noche de San Juan. Son sumamente activos y ayudan a los humanos en sus quehaceres domésticos.

Gnomos que interfieren en el clima y espíritus del viento

• *Ventolines*. Espíritu vinculado a los fenómenos atmosféricos. Son más pequeños que los nuberos. De día están en la región del fuego; de noche surcan el espacio, y a veces se les puede distinguir a través de los rayos de luna. Estos seres llevan los suspiros a los amantes y acunan a los niños. Son hermosos y de facciones proporcionadas. Durante la noche de San Juan entonan tiernas melodías.

B. FROUD Y A. LEE. HADAS. MADRID: MONTENA, 1983.

RICARDO SÁNCHEZ. DUENDES. MADRID: EDAF, 1984.

CARME PERIS. ELS CONVIVATS DEL BOSC. BARCELONA: LA GALERA, 1985.